

FALANGE Y EL CAMBIO POLÍTICO Y SOCIAL EN LA ESPAÑA DEL DESARROLLISMO. MATERIALES PARA EXPLICAR UNA SOCIALIZACIÓN COMPLEJA¹

MIGUEL ÁNGEL RUIZ CARNICER
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Hace no demasiado tiempo, en 2008, Joan María Thomàs publicaba un trabajo en *Ayer*² en el que realizaba una revisión historiográfica que en la práctica suponía un pequeño pero completo estado de la cuestión del tema y señalaba el camino recorrido pero también algunas líneas en las que había que profundizar, entre ellas el trabajo de base sobre la Falange local, real y concreta existente en España, trabajando más con los archivos locales o sectoriales o mediante la historia oral, que no el mero trabajo de seguimiento del BOE o de los rimbombantes artículos de la prensa del oficialismo como *Arriba* o la prensa provincial del Movimiento, pues ello podía dar lugar a una impresión irreal e incompleta sobre el potencial de Falange. En ese sentido, los aportes de Alfonso Lazo o de J.A. Parejo en Andalucía han ido en esa línea y se unen a algunos otros trabajos.

Otra cuestión es la influencia real de los falangistas en la población, teniendo en cuenta esa falta de medios, las batallas internas por el poder dentro del régimen, un contexto internacional cada vez menos adecuado para un proyecto como el falangista y la subordinación plena de los falangistas al estado, lo que les seguía nutriendo, pero a la vez hacía muy poco creíble la posibilidad de configurar un proyecto alternativo aunque fuera en el seno del régimen.

Thomàs destacaba también la ausencia de monografías a escala nacional sobre el partido a partir de 1945. En el último párrafo de ese trabajo se decía que «se hace necesario profundizar en las investigaciones sobre la relación de FET y de las JONS con la población para poder valorar su influencia y capacidad de penetración en la sociedad, tanto desde la perspectiva de la propia organización masculina como de las secciones o servicios, diferenciando ámbitos territoriales».

¹ Este trabajo ha sido posible y se ha desarrollado dentro del marco del Proyecto de Investigación HAR2008-05949/Hist del Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España.

² THOMÀS, J. M.: «Los estudios sobre las Falanges /Fe de las JONS y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas», *Ayer* 71 (2008), pp. 293-318.

Es quizá uno de los elementos clave y que más se nos escapan aún a los historiadores, especialmente en la década de los sesenta y setenta, sobre todo en el periodo 1965-69 en que, a pesar de los desafíos que ya tenía el régimen y la pérdida definitiva de la Universidad, aún existe una posibilidad de construir un proyecto diferenciado pensando en el futuro del régimen, al calor del debate sobre el asociacionismo dentro del movimiento, del nuevo marco de ley de prensa de 1966 y del propio contexto político de esa segunda mitad de la década³. Un contexto peculiar: hay que recordar que algunos de los medios falangistas veían con agrado el movimiento guerrillero latinoamericano y singularmente la figura del Che Guevara; miraban con fascinación el mayo francés y otros movimientos estudiantiles de ruptura, con la única incomodidad de que también se daban en España; pero hacían la lectura de que este movimiento era la avanzada de un rechazo a la democracia al estilo occidental que interpretaban ellos que dejaba en mejor lugar la vía española. Llegaban a establecer paralelismos entre la vieja rebeldía falangista y los movimientos de liberación del tercer mundo. Algunos discursos de Martín Villa o los referentes antedichos son una prueba. De hecho, el Che Guevara visitará España en tres ocasiones; la primera de ellas, amparado y financiado por la Secretaría General del Movimiento, siendo recibido y atendido durante su estancia en Madrid por el periodista del Movimiento Antonio D. Olano y alojándose en el Hotel Suiza, en donde Falange tradicionalmente alojaba a sus huéspedes⁴.

Más allá de anécdotas, lo que aquí pretendemos es hacer un acercamiento forzosamente parco en su desarrollo sobre el papel complejo y ambivalente de falange en los años sesenta y setenta respecto a la forja y evolución de la cultura política de los españoles en ese periodo, pensando en el proceso de transición hacia la democracia ulterior.

CULTURA POLÍTICA DE LOS ESPAÑOLES Y CAMBIO POLÍTICO

Los informes FOESSA al igual que otros trabajos sociológicos posteriores muestran desde el principio una baja cultura política de los españoles⁵, corrobora-

³ Pere Ysàs se ha acercado de manera sugerente a esa evolución del conjunto del régimen en YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004 y en YSÀS, P.: «Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer* 68 (2007), pp. 31-57.

⁴ *El País*, 5/8/03. Una visión anecdótica de la peculiar visita en OLANO, A. D.: *La gran Vía se ríe*, Madrid, VisionNet, 2010.

⁵ La referencia a los Informes FOESSA y los acercamientos modernos al tema están bien resumidos en SEVILLANO CALERO, F.: «Opinión y dictadura en España : la percepción de los cambios a través del análisis de la cultura política (1965-1977)», en SANCHEZ RECIO, G. (Coord.): *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008. Vale la pena el completo resumen sobre el tema de la cultura política y el aprovechamiento de la información anterior que hace REIG CRUAÑES, J.: *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*, Valencia, Univer-

rados por otros como los de López Pina y Aranguren. Otros rastreos que se han hecho en el tiempo desde la pura sociología como los de la Empresa DATA o los trabajos de Juan Díez Nicolás, también nos llevan en esa dirección. Algunos análisis primerizos de opinión pública corroboran esta visión. Encontramos trabajos accesibles en este sentido en la *Revista Española de Opinión Pública* o en el actual Centro de Investigaciones Sociológicas, ya que el propio régimen, que siempre tuvo interés por la opinión pública de los españoles, especialmente los falangistas que durante muchos años encargaron estudios «de ambiente» a través del Servicio de Auscultación, eran conscientes de ello. Una muestra de la preocupación por la reacción de los españoles y su deseo de conocer la «pulsión de las masas»⁶ se puede ver en los ricos antecedentes del Instituto de Opinión Pública y la trayectoria de éste. En todo caso, los instrumentos técnicos y, sobre todo, el marco político hacían muy difícil afirmar con criterios sólidos cuál es el pensamiento de la población respecto a sus ideas y respecto a las perspectivas de futuro. La guerra en este sentido, como es sabido, hace de terrible nivelador y parteaguas de recuerdos. Lo que parece muy claro es que hay una nítida ruptura entre el periodo de esperanzas en modelos utópicos y de transformación social y el tiempo de la larga posguerra española, en el que la supervivencia ahoga cualquier sueño político y social y hace que la propia transmisión de esos ideales se corte, y explique el perfil apolítico de tantas y tantas familias, unas porque son el producto directo de la dictadura, en su capacidad desmovilizadora tras 1945; otros, porque conscientemente buscaron proteger a sus hijos dejándoles en la mayor ignorancia política.

Sea como fuere, a partir de 1956 y de la conflictividad universitaria que empezará a menudear desde ese momento, será evidente que la juventud se separaba del régimen, que se estaba forjando una sociedad nueva para la que el falangismo, como la propia figura de Franco, formaban parte de sus vidas y de su educación no sólo política sino también emocional, pero que difícilmente podía formar parte del futuro⁷. Ese reconocimiento va a espolear distintas salidas a la situación; pero la movilización dentro de estos supuestos falangistas ya no es

sitat de València, 2007. El *Informe sociológico sobre la situación social de España 1970*, Madrid, Euramérica, 1970 fue censurado por el Ministerio de Información y Turismo: la parte realizada por Amando de Miguel, el capítulo referido a «vida política y asociativa». Un buen resumen de aspectos de este primer informe y siguientes de la Fundación FOESSA en el citado libro de REIG CRUAÑES y en SEVILLANO CALERO, F.: *Ecos de Papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. Sigue siendo útil el volumen de ARANGUREN, E. J. y LOPEZ PINA, A.: *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.

⁶ Un muy interesante trabajo sobre los mecanismos de «auscultación» a lo largo del franquismo, sus limitaciones y algunos de los más interesantes primeros estudios de opinión encargados por el régimen en ALCOBENDAS TIRADO, M. P.: *Historia del Instituto de la Opinión Pública 1963-1977*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

⁷ Sobre este tema, de la deriva de los estudiantes, detectada por profesores y especialistas, hice en su momento un resumen en RUIZ CARNICER, M. Á.: «Los estudiantes de la Universidad de Valencia en el franquismo (1939-1965). Del encuadramiento político a la agitación social», *Saütabi* 49 (1999), pp. 125-153.

posible por el desgaste de los nombres, de los iconos, de las canciones, de toda la rica simbología falangista. De ahí la búsqueda de referentes de estos sectores formados en el régimen y que no pueden alinearse con éste, aunque estén en él y actúen en su interior. De esas contradicciones y tensiones entre realidad y deseo surgen las terceras vías y esos problemas; y de ahí viene también ese revolverse contra una sociedad con pautas autoritarias, conservadoras y continuistas, que interioriza los valores del régimen como la paz y el orden entre los grupos de población más teóricamente críticos como los sectores obreros y deja sólo para una estrecha minoría de universitarios y de clase media y media-alta culta la constatación de la diferencia que nos separa con Europa, la falta de un marco legal de libertades, la inexistencia de libertad de expresión, la arbitrariedad de poder que se evidencia cuando el orden público se ha puesto en entredicho por una conflictividad lógicamente creciente en un marco de desarrollo social y económico sin contrapartidas de evolución política y representativa de ningún tipo.

La cultura política de los españoles a la altura de mediados de los años sesenta estaba presidida por la inercia política y la aceptación de lo establecido, con fuerte rechazo a la participación política, lo que refuerza las pautas de apoliticismo y autoritarismo, asumiéndose la idea de que hay que delegar el poder en un hombre providencial o en un grupo⁸. El fuerte conservadurismo se traducía en autoritarismo, apego a la tradición, justificación de las diferencias sociales y no secularización. Los más continuistas serían los obreros y clases bajas y los más progresistas los universitarios y profesionales. Llama la atención en estos datos —por otro lado conocidos y publicados en muchas ocasiones— la reafirmación en posiciones extremas de futuro (continuidad franquista o ruptura mediante la fórmula de la república) y el seguidismo de los estudiantes de bachillerato respecto a lo existente, que hace que el 17% de estudiantes de bachillerato digan tener preferencia por el Movimiento (y el 7% por Falange, planteándolo como algo diferente), algo que queda reducido al 1% entre los universitarios, lo que muestra claramente cómo existe una cesura entre las personas que van a la Universidad y se ven sometidas a una influencia crítica contra el régimen respecto a las que no van.

Los valores de Paz y Justicia son los más valorados por los encuestados, mientras que son muy bajos los atribuidos a la Libertad o la democracia. Estos valores sólo muy lentamente se irán modificando y, en todo caso, marcando una clara diferencia entre los sectores urbanos, cultos y bien informados, partidarios del cambio político, la democracia y el acercamiento a Europa y el resto de la población de menor formación, mujeres y sector rural que son mucho más seguidistas

⁸ MIGUEL, A. de: *El final del franquismo: testimonio personal*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 265 y ss. Estos datos y los de las siguientes líneas forman parte del capítulo censurado por el Ministerio de Información y turismo al *Informe sociológico sobre la situación social de España*, 1970, Madrid, Euramérica, 1970, elaborado por Amando de Miguel e incorporado en este volumen por su autor. Son datos tomados en 1969.

de la situación establecida y arrojan serios temores ante un cambio político que suponga pluripartidismo y libertades públicas, para muchos asociadas al estado de cosas que llevó a la guerra civil. Esa unión entre libertades políticas y conflicto civil es uno de los mayores logros de la dictadura a la hora de impedir un cambio político, una modificación de los dirigentes y cualquier evolución política.

Datos como éstos llevan a que se afirme la existencia de una cultura política escindida, como hace Reig Cruaños: el resultado de la guerra civil sería la existencia no de una sola cultura política, sino de dos: una de identificación con el régimen y otra de alienación o rechazo. La existencia de dos culturas políticas supondría la excepcionalidad española, pues debería haber una única cultura política por compleja o ambivalente que esta fuera, haciendo imposible la existencia de una cultura cívica común, compartida. Sin embargo, este concepto, proveniente de la ciencia política está ideado para aplicarlo a países con regímenes de libre concurrencia política, todos ellos democráticos y participativos con sus peculiaridades. De hecho, Almond y Verba, los creadores del concepto, intentaban demostrar la existencia de una cultura cívica compartida que aseguraba el mantenimiento de la convivencia por la síntesis pluralista que se conseguía; socialmente daba lugar a la mezcla de consenso y de aceptación de la diferencia, de cambio y transformación con moderación y continuidad⁹.

Por ello, desde nuestro punto de vista, y a pesar de su interés desde otros ángulos más sociológicos o politológicos, no podemos quedarnos en la existencia de dos culturas contrapuestas en el franquismo (identificación y alienación) ante la ausencia de una «cultura cívica» compartida, ni podemos centrarnos en la visión más global de las aproximaciones sociológicas estando de acuerdo en la utilidad de sus aportes. Y es que los ciudadanos tienen no sólo una cultura autoritaria en abstracto y el miedo nacido de la guerra civil, como muy bien ha explicado Paloma Aguilar, sino socializaciones políticas concretas en las que sabemos que el régimen como tal fracasa en su objetivo de dotar de continuidad al proyecto franquista, lo que no quiere decir que no sean esos elementos los que hayan conformado y aún conforman una buena parte de la mentalidad de los españoles.

Como es sabido, hoy día el concepto de cultura política ha evolucionado mucho tanto en el ámbito politológico como en el de la sociología y se ha empezado a aplicar en historia de una manera relativamente reciente como una forma de trasladar al ámbito de la historia, y de la historia política singularmente, aspectos de la historia social que antes se entendía que no podían articularse dentro de un formato de historia tradicional.

⁹ ALMOND, G.A. y VERBA, S.: *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euramérica, 1970.

Pero los historiadores somos casi unos recién llegados al tema. Tenemos mucho que aprender de unas aproximaciones politológicas y sociológicas que han intentado utilizar este concepto de «cultura cívica» y «cultura política» de Almond y Verba como un instrumento para conocer la disposición de los ciudadanos hacia los sistemas políticos, también sus limitaciones; es verdad que, como dice Mari Luz Morán¹⁰, una de las grandes especialistas del tema en España, se ha hecho al margen de historiadores, psicólogos y otros especialistas de las ciencias sociales, pero en todo caso los historiadores no podemos pretender entrar en el tema como descubridores del concepto cuando se ha trabajado tanto ya desde otros ámbitos.

Casi todos los estudios hablan de transformaciones en los valores que a su vez generan cambios en la cultura política; ese cambio en los valores compartidos por la población sería la base que explicaría el éxito aparentemente fácil y el tránsito suave a la democracia en España. Y a ello contribuiría el proceso general de modernización y desarrollo económico que sucede en los sesenta, incluida una sofisticación del funcionamiento del estado que pone en marcha los fundamentos del estado de derecho en sus aspectos administrativos y jurídicos (que obviamente no alcanza a los de tipo político y de libertades públicas), pero sobre todo basados, a nivel de difusión de valores entre la población, en el turismo y la emigración que actuaron en este caso como «mecanismos de socialización en la cultura y los modos de vida de las democracias occidentales»¹¹. A ello se une la progresiva atracción de Europa como equivalente del bienestar económico y social y de la democracia política a que da lugar la convivencia en paz. Aunque el icono de Europa no era nuevo, y había sido utilizado desde diversos ángulos desde los inicios del franquismo, la percepción de una rápida recuperación de la contienda mundial y el éxito de los desarrollos democráticos en sociedades castigadas por la guerra y el totalitarismo fueron también un acicate a la hora de emular a estos países.

Autores como Víctor Pérez Díaz fueron también precursores¹² en señalar el papel fundamental de la sociedad a la hora de poner las bases que hicieron posible el cambio político y la consecución de una resocialización de la población adulta en otros valores, valores democráticos. Pérez Díaz señala también como

¹⁰ MORAN, M. L.: «Los estudios de cultura política en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 85 (1999), pp. 97-129. Morán resume una buena parte de las obras de referencia sobre análisis de opinión pública y aplicación del concepto de cultura política que luego yo utilizo en este texto. Igualmente interesante, MORÁN, M. L. y BENEDICTO, J.: *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1995.

¹¹ MORÁN: «Los estudios de cultura política...», p. 107.

¹² En distintos trabajos, Víctor Pérez Díaz ha analizado la sociedad de la transición y pretransición. Destaco PEREZ DÍAZ, V.: *El retorno de la sociedad civil: respuestas sociales a la transición política*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987 y PEREZ DIAZ, V.: *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza editorial, 1993.

elementos propiciados indirectamente por el propio franquismo la legislación de los convenios colectivos o la puesta en marcha del asociacionismo en 1964¹³ que hizo posible la aparición de voces formalmente encuadradas dentro del mundo del Movimiento, pero que dieron voz a cabezas de familia, a sectores vecinales que expresaban su desazón por el escaso apoyo del estado a los nuevos asentamientos a las afueras de las ciudades y dieron lugar a un escrutinio mucho más exigente fundamentalmente de la acción municipal.

Las Universidades fueron otros conocidos focos de rechazo al régimen y a su representación, constituyéndose en islas políticas y culturales dentro de la España franquista; eso explica el desgaste del SEU desde fines de los cincuenta y especialmente desde 1962-63. No es necesario insistir en la relevancia que tuvieron las Universidades a la hora de crear nuevos mecanismos de representación política, que sirvieron de cancha de entrenamiento de generaciones de jóvenes en la cosa pública y para las prácticas democráticas.

Otro núcleo de oposición y de forja de una nueva práctica social y política fue el mundo de las fábricas y talleres, donde las nuevas condiciones de trabajo generaban también, además de riqueza, conflictividad creciente con la aparición de una nueva clase obrera que no podía entrar dentro de la dinámica burocratizada del Movimiento. De estos núcleos, como es de todos sabido, procede un movimiento obrero más desideologizado que en el pasado, pero progresivamente consciente de la necesidad de reivindicar en la calle y en el tajo sus derechos. Y que éstos estaban finalmente ligados a las libertades públicas.

La iglesia por su parte será muy importante en el desgaste del régimen, no tanto por sus dirigentes sino por unas bases crecientemente sensibles a los nuevos vientos que venían de Roma y que estarán lejos de la Iglesia de posguerra. Aunque su protagonismo sea puntual, la existencia de estos sectores críticos y las mayores distancias respecto al pasado de sus integrantes serán vividas por el régimen con mayor preocupación que en cualquier otro caso.

Como ha explicado muy bien Pere Ysàs¹⁴, ello generó un ambiente que explica el nacimiento no sólo de la oposición activa de una minoría a la dictadura franquista, sino que la mayoría percibiera los desequilibrios, insuficiencias, injusticias existentes y viera necesario un cambio que, en todo caso, se acabaría produciendo a la muerte del dictador.

¹³ Aspecto que ha desarrollado especialmente Pamela Radcliff. Un resumen de las tesis de esta autora en RADCLIFF, P.: «Las asociaciones y los orígenes sociales de la transición en el segundo franquismo», en TOWNSON, N. (ed.): *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

¹⁴ Vid nota 3. Sobre el movimiento vecinal, cabe señalar como estudio de caso la reciente recopilación de trabajos de MOLINERO, C. e YSÀS, P. (coords.): *Construint la ciutat democràtica: el moviment veïnal durant el tardofranquisme y la transició (1964-80)*, Barcelona, Icaria, 2010.

Este ambiente crecientemente distanciado del discurso del régimen dista desde luego mucho del pacto entre reformistas y opositores que dio lugar a la transición pero era la base necesaria e imprescindible para que unos y otros no tuvieran más salida que esa negociación.

Aparentemente, es asumido por todos que la democratización de la sociedad española, a partir de las bases comentadas más arriba viene de la mano de la propia democratización política: el éxito del nuevo marco político, la elaboración de la Constitución, la irreversibilidad del marco democrático en definitiva contará enseguida con el apoyo de la opinión pública (aunque no se vea el régimen franquista como algo oprobioso necesariamente), como único marco posible. Pero sobre este proceso de cambio, aunque tenga estas bases sociales, seguimos sin saber muchas cosas sobre sus bases políticas. ¿Cómo fue posible la ruptura con la cultura autoritaria tan fuertemente enraizada en la vida pública española no sólo por el franquismo, sino proveniente de antes, como señaló en su momento Juan Linz en sus trabajos. Algunos autores ya clásicos como José M.^a Maravall¹⁵ han señalado la pervivencia de los recuerdos de la república y del liberalismo restauracionista, de las tradiciones que cogieron fuerza en el primer tercio del siglo y que fueron truncadas por la guerra; estos valores habrían permanecido vivos y se habrían transmitido por la vía familiar y explicarían algunos liderazgos y continuidades; por otro lado, Jordi Gracia, en *La resistencia silenciosa* y en recientes libros como *A la intemperie*, que establece una mayores conexiones entre exilio e interior de lo que se ha percibido hasta ahora, señala también la permanencia de un hilo liberal en la noche cerrada del franquismo, aunque en este último caso, ha habido una polémica importante¹⁶.

Esto no es incompatible con dar valor a los movimientos sociales que se oponían a la dictadura y que fueron creando la experimentación política y social que haría posible el salto, tejido con los recuerdos de las organizaciones derrotadas y el brillante contexto político europeo, que llamaba a España a romper el aislamiento en que vivía¹⁷.

No seguimos teniendo sin embargo, al menos desde el punto de vista del historiador, respuestas detalladas sobre esas culturas políticas que posee la población. Esto hace decir a Antonio Cazorla en un reciente trabajo¹⁸ que necesitamos

¹⁵ MARAVALL, J. M.: *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1982; en la vertiente práctica, destaca su trabajo sobre la formación de los liderazgos obreros y estudiantiles en la lucha contra la dictadura: MARAVALL, J. M.: *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978.

¹⁶ GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa. Fascismo y Cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; GRACIA, J.: *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.

¹⁷ Sobre el tema de los movimientos sociales y cómo van cambiando la cultura autoritaria se detiene REIG CRUAÑES: *op. cit.*, p. 203 y ss. y 250-251.

¹⁸ CAZORLA SANCHEZ, A.: Orden, progreso y sindicalismo: Cómo vieron las autoridades franquistas el cambio socioeconómico-, en TOWNSON N. (ed.): *op. cit.*, 2009, p. 88.

más historia cultural del franquismo, «en particular necesitamos mas historia de las culturas políticas de la guerra civil y del franquismo». Y aunque el autor intenta en ese trabajo la recomposición de las mentalidades del tardofranquismo a través de los informes de los Gobiernos civiles sobre la situación social y política en las provincias, lo que hace es señalar el vacío que deja el régimen en su retirada política, la ausencia de vigor en las propuestas de éste y la necesidad de llenar ese vacío que acabará ocupando la oposición. Pero una oposición social aún no estructurada políticamente y con elementos peculiares.

Y ahí es donde llega la cuestión que apunta muy bien Mari Luz Morán sobre el papel del franquismo en la formación de una cultura política democrática. Es evidente que de forma directa no tuvo ninguna, pero sí que es conductor de una serie de valores que encontraron su sitio posteriormente, con las nuevas condiciones resultantes de haber desatado el nudo gordiano del sistema político franquista a la muerte del dictador. Pero si hay algo que se ha analizado mucho menos es lo que llama Morán las «subculturas políticas» refiriéndose con ello a las subculturas ideológicas existentes en la nación o en los territorios que habían sido dejadas de lado por el discurso unificador y totalizador franquista¹⁹. Y esas subculturas no pueden estar ajenas a la socialización política recibida por los ciudadanos a través de muchos canales: a través de las organizaciones de encuadramiento, los medios de comunicación, la escuela, la simbología, el lenguaje icónico de edificios, celebraciones y concentraciones, etc.

En este sentido, nos interesa acercarnos al papel del mundo falangista a la hora de explicar cómo esa subcultura o, si se prefiere, cultura política en el sentido específico del término, nos puede arrojar una luz novedosa sobre algunos aspectos de esas bases políticas directas.

Esta sensación de necesitar una mayor explicación sobre ese proceso se basa también en la discrepancia sobre los trabajos que han insistido en la centralidad de las elites políticas y su toma de decisiones, no porque las creamos irrelevantes en este contexto²⁰, sino porque se ha demostrado por parte de los historiadores que el régimen responde a dinámicas externas que le plantean problemas y no tanto por la existencia de un plan previamente diseñado que es el que impone a la población, hablemos del salido del franquismo o de los primeros pasos de la transición. Obras como las de Carme Molinero y Pere Ysàs o Nicolás Sartorius y Alberto Sabio muestran cómo los acontecimientos que vive el país no pueden entenderse sólo en base a la evolución pragmática de los reformistas del régimen y el espíritu conciliador de la oposición moderada, como ha defendido en sus

¹⁹ MORÁN: «Los estudios de cultura política en España...» p. 118.

²⁰ Sobre la relevancia de la desmovilización de la población ha insistido Cayo Sastre en SASTRE GARCÍA, C.: «La transición política en España: una sociedad desmovilizada», en *REIS* n.º 80 (1997).

trabajos Cristina Palomares²¹. Esta última autora hace una clásica interpretación de elites, poniendo de manifiesto el papel relevante de esos sectores reformistas del régimen en el éxito de la transición a la democracia, con o sin su voluntad expresa de lograr la democratización, lo cual es totalmente insuficiente a la hora de analizar el proceso de manera global.

Tratamos pues de buscar el papel de la Falange y la tradición falangista tal y como se define en la república, guerra y a lo largo de la dictadura a la hora de ver la conformación de la cultura política de la población en el contexto del segundo franquismo, su final y la transición hacia la democracia.

EL (LOS) DISCURSO(S) FALANGISTA(S) EN LOS AÑOS SESENTA

Ya hemos dejado dicho en otro lugar²² que existían tres grupos o tres líneas dentro del falangismo a la altura de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. No se trata de grupos organizados, sino de tendencias y líneas, entremezcladas en el plano personal y en absoluto organizadas, pero claramente visibles, especialmente desde la distancia en el tiempo, viendo la evolución ulterior. En primer lugar, los que llamaríamos la extrema derecha con carácter crecientemente violento, una línea siempre presente en el falangismo y que se irá marginando pasando de las centurias, universitarias o no, a los grupúsculos ligados a individualidades (Guerrilleros de Cristo Rey, Fuerza Nueva...) y con fuertes contactos con la policía, siendo protagonistas de la represión social y callejera, el asalto a librerías o siendo *clac* entusiasta de concentraciones y celebraciones del régimen en los últimos años de agonía de éste. En segundo lugar, podemos hablar de lo que algunos han llamado «reformadores sociales», sectores con inquietudes sociales, herederos del discurso doctrinario de Falange en este terreno, con fuerte apoyatura en la estructura sindical de Solís, y en la tradición del populismo falangista de Girón pero a la vez influidos por los nuevos vientos europeos de cambio y de reivindicación del tercer mundo, de rechazo del orden capitalista occidental. La tercera línea sería la de los «carreristas» políticos, los hombres forjados por el Movimiento que pueden compartir en mayor o menor medida esas inquietudes sociales de la tradición azul, pero que son pragmáticos, y conocen y utilizan perfectamente los mecanismos del régimen y son duchos en el arte del pacto interno,

²¹ MOLINERO, C. e YSAS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008; SARTORIUS, N. y SABIO, A.: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre de 1975- junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; PALOMARES, C.: *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*, Madrid, Alianza Editorial, 2006 y PALOMARES, C.: «Nuevas mentalidades políticas en el tardofranquismo», TOWNSON, N. (ed.): *op. cit.*, pp. 103-128.

²² RUIZ CARNICER, M. Á.: «La *vieja savia* del régimen. Cultura y práctica política de Falange», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, pp. 277-304.

con los diversos sectores y sensibilidades de la dictadura. Entre éstos, personas claves en la transición a la democracia.

Estos sectores encararán los años sesenta en una posición defensiva frente a los sectores católicos opusdeístas y los reformistas sociales intentarán, con el apoyo sindical y cierta estructura mediática que les brindaba el Movimiento, presentar una opción de futuro ante la realidad de un régimen que mira más al pasado que al presente, por su historia y por la inevitable bomba de relojería biológica que supone la desaparición física de Franco en un futuro más o menos cercano.

En ese sentido, la clase política del segundo franquismo se enfrenta a una situación difícilmente previsible a principio de los años sesenta: el progresivo envejecimiento del General Franco (y el accidente de caza con una escopeta en diciembre 1961 que le afectó a una mano y que le obligará a un relativamente largo periodo de recuperación es un claro aviso) que, aunque no sepan que aún viviría quince años más, a muchos les proyecta los primeros nubarrones sobre el futuro político de España y hace que los distintos grupos que operan en el franquismo se intenten presentar a sí mismos como los más preparados para hacer posible la continuidad del régimen, con sus peculiares correcciones a la realidad de ese momento: mayor sensibilidad social (los falangistas agrupados en torno al sindicalismo de Solís); necesidad de una evolución desarrollista (como demostrarán los opusdeístas, sensibles a las nuevas voces del gobierno técnico frente al gobierno ideológico) o los que pensaban que sólo una fidelidad a los valores de la guerra y posguerra salvarían al país de una realidad que empezaba a variar de forma inapelable dentro y, sobre todo, fuera de España en todos los ámbitos.

Esta fragmentación es el producto de la división progresiva en el seno de los falangistas y la plasmación de la evolución política a partir de 1956, tal y como hemos apuntado más arriba. Y aunque es la vía de los carreristas políticos la más interesante por su evolución política que entronca directamente con la dinámica de la transición, ni la vía sindicalista ni la de extrema derecha hay que dejarlas de lado, pues ayudan a explicar también aspectos de la cultura política de los españoles a la salida de la dictadura.

No quiero hacer ahora una historia detallada de facciones, intereses políticos y peripicias ministeriales, mediáticas o coyunturales, sino un análisis de cómo estas ideas empaparon la vida política de la época, cómo se trasladaron a la sociedad y en qué medida influyeron en la mentalidad política al final del franquismo e inicio de la transición. Es verdad que a veces el retrato que queda en la gente del falangismo va a quedar marcado por los sectores ultras que se van definiendo como los cercanos al «bunker», forjado entre los seguidores de Girón, entre los sectores menos imaginativos de la burocracia sindicalista, que se unen a sectores en alza como la Fuerza Nueva de Blas Piñar y los militares que sentían

vigente el 18 de julio; su presunto discurso social de los años sesenta se va a debilitar para acabar agarrándose al cadáver agonizante del Caudillo hasta el final. Los propios falangistas «carreristas» hacen una fuerte apuesta técnica y pragmática, que les lleva a suavizar su procedencia política, identificándose con la tradición falangista, pero apostando por una vía de «camisa blanca» a lo Torcuato Fernández Miranda.

La organización Sindical emerge con los cambios de gobierno (y reorganización del Movimiento) de 1957 y 1962, que son relevantes al convertir definitivamente a la vieja FET y de las JONS en Movimiento de una manera ya irreversible y en un contexto en el que, tras el cambio de gobierno de 1962, los seguidores de la Obra consiguen un peso considerable que mantienen a lo largo de la década.

Los sindicalistas de Solís en ese sentido intentan argumentar una línea diferenciadora a lo largo de los sesenta pero, como se puede apreciar en *Arriba*, difícilmente pueden ir más allá del discurso que salva siempre la figura de Franco, los logros del régimen, y el peso de los muertos y toda esa retórica propia del régimen que ahoga un proyecto que quería ser realmente sindicalista, que buscaba unas bases propias para el régimen y fundamentalmente, para los falangistas dentro de éste. Si la referencia a la guerra civil ya no podía servir para ilusionar como proyecto de futuro (aunque las conmemoraciones de hitos de la guerra en los que tuvieron un importante papel los falangistas siguió siendo una constante, como se ve anualmente en Cerro Garabitas o la posición San Simón), tampoco lo podía ser el discurso del desarrollismo y del cambio social que se estaba produciendo como legitimador del propio régimen²³, ya que éste estaba unido al principal elemento con el que se identificaba la política de los tecnócratas, los ministros ligados al Opus Dei. El giro a la política económica practicado desde el plan de estabilización dio lugar a un desarrollo económico bienvenido por todos y desde luego por el régimen, que ganaba una legitimidad de «ejercicio» que sería defendida por Gonzalo Fernández de la Mora y su «estado de obras», pero que remitía a la lucha entre los falangistas, crecientemente enfeudados en el tremendo aparato sindical y de algunas secciones del Movimiento aún pujantes pero cada vez más alejadas respecto al corazón del régimen desde el que se tomaban las decisiones y estos sectores confesionales que habían sustituido a los propagandistas en la «cuota católica» del régimen.

Como este enfrentamiento Falange-Opus Dei por la definición del régimen se mantiene a lo largo de los sesenta, heredero de las viejas luchas de los cincuenta, los sindicalistas de Solís tienen que buscar una alternativa al desarrollismo exito-

²³ Esto lo analiza muy bien José Reig Cruañes en su *Identificación y alienación. La cultura política y el tardofranquismo*, Universitat de València, Valencia, 2007, p. 217 y ss. y *passim* en donde muestra cómo el régimen intenta dentro de su propia cultura política dotar de nueva legitimidad al régimen, además de la obviamente discutida legitimidad de origen que sería una legitimidad guerrera, centrándose mucho en el tema de la legitimidad de ejercicio. Todas estas cuestiones, muy tratadas en el mundo de la politología y la sociología están bastante bien resumidas en este volumen.

so de los «lópeces». Y esa alternativa es presentarse como la «izquierda nacional», la «izquierda del régimen», la sensibilidad social dentro de la vida nacional. Y esa es una de las ideas fuerza con las que luchan contra la creciente influencia del sector tecnocrático acaudillado por López Rodó y que contaba con el apoyo evidente del almirante Carrero. Con una aparente victoria de los opusdeístas con el cambio de gobierno de 1969 que fue calificado como de monocolor (aunque esta victoria es más aparente que real) se cerraría esta pugna, dando lugar por cierto a la dimisión como alcalde de Valencia de uno de los referentes del falangismo activo pero de corte más de gestión como Adolfo Rincón de Arellano, desde entonces protagonista en cualquier foro del falangismo independiente. A partir de 1969, la situación del régimen va a dar menor margen para la pugna por el futuro y más para luchar por la supervivencia del sistema, aunque los falangistas van a recuperar cierta presencia, mostrando su ciega entrega a Franco hasta el final. La desaparición de *Diario SP*, principal baluarte de los llamados «falangistas independientes» en el verano de 1969 es otra muestra de esa aparente derrota o capitulación.

La sensibilidad social como bandera del falangismo y su auto-reivindicación como la parte «social» del 18 de julio, que hacía que les llamaran FAI-langistas en 1936 —como repetían a los que les quisieran escuchar— va a ser elevada a definitiva en la década de los sesenta. Y por lo tanto, reivindicada como punto de partida de la reconstitución de una izquierda que debía ser «nacional» (es decir no marxista y no obediente a partidos internacionalistas) y que debía partir del 18 de julio (es decir, no poner en cuestión el legado de la guerra). Este discurso no era totalmente nuevo, pues desde 1945, en los años oscuros cuando Falange pasó a un segundo plano, se veía a los falangistas en las manifestaciones contra el aumento de precios o los beneficiarios del mercado negro, pidiendo penas ejemplares contra los estraperlistas. Ya entonces los falangistas más reivindicativos (o más fascistas) contraponían el discurso conservador y continuista con las pretensiones revolucionarias del ideario joseantoniano, que junto con los otros ilustres miembros del panteón falangista eran paseados periódicamente por revistas y foros cuando las fechas sagradas (20 de noviembre, 29 de octubre, 18 de julio...). De hecho son paseados aún hasta el final del régimen. La diferencia de los años sesenta respecto a momentos anteriores es que realmente se busca estructurar un poder alternativo y propio, con el ideario falangista como patrimonio, destacando sus aspectos sociales y sindicalistas, con una reafirmación de la presencia del estado frente a los sectores «privatizadores» del mismo, y ello más allá incluso de la permanencia de Franco en la jefatura del estado²⁴. Se quiere ir de la vieja revolución pendiente de los discursos de Girón a una apuesta más mo-

²⁴ Un sugerente e influyente artículo sobre el tema del enfrentamiento entre los dos grandes sectores del franquismo en SAZ, I: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», en *Ayer* 68 (2007), pp. 137-163.

dernizada por construir una *izquierda* desde el falangismo que integre, en la medida de lo posible y asumiendo el 18 de julio como fecha irreversible, indiscutible y piedra angular de cualquier construcción política futura —en realidad ese era el problema que hacía inservible cualquier iniciativa en este sentido— y sea capaz de atraer a los jóvenes, a los obreros concienciados, a las clases medias y funcionariales dentro de un movimiento político que partiera del legado joseantoniano y del discurso falangista y se proyectara en un elemento más moderno inspirado incluso en cierto laborismo o tradeunionismo desideologizado. Así se puede colegir de la lectura de *Arriba*, donde se recogen tantas intervenciones de Solís y discursos de sus hombres a lo largo de buena parte de los sesenta, hasta la llegada de Torcuato Fernández Miranda y de J.M. Ortí Bordás a Secretaría y Vicesecretaría del Movimiento respectivamente, y en donde se plantean estas ideas que reaparecen siempre dentro de esta literatura entre partidarios, salvando siempre a Franco, al 18 de julio y, parcialmente, a las realizaciones del régimen²⁵.

Sin esta línea, más intensa de lo que se podía percibir a la muerte del dictador, creemos que no se puede entender la fuerza que el llamado falangismo independiente pueda tener entre un amplio ámbito de personas que están presentes en la vida política mediática especialmente de la segunda mitad de los años sesenta, singularmente entre 1966 y 1969. Vale la pena detenerse en esos tres años en los que parece posible vertebrar un nuevo tipo de salida política tras la futura muerte de Franco que no fuera la mera resistencia y el búnker.

En 1966, con la aprobación de la Ley Orgánica del Estado aprobada en referéndum por mayoría, en pleno crecimiento económico y una cierta estabilidad internacional (dentro del contexto de la guerra fría, siempre beneficiosa para Franco), el régimen se siente fuerte como para promover los debates —siempre abstrusos e infecundos— sobre el asociacionismo y sus variantes y hablar del futuro del régimen. A partir de 1969, las tensiones sociales, los conflictos en la Universidad y en las fábricas que dan lugar al estado de excepción ese mismo año, los primeros datos que anticipan el final del crecimiento económico constante de años anteriores y la proximidad de la crisis del petróleo, el nombramiento del príncipe y la evidente vejez ya de Franco provoca un parón en el optimismo del régimen. La cierta limitada primavera que se vio en la prensa y los medios como efecto de la ley de prensa de 1966 empieza también a desaparecer sustituida por las multas y el control gubernamental más estricto. El inicio de la agonía del régimen se acercaba.

En esos poco más de tres años sí que podemos encontrar una actividad relevante de grupos neofalangistas que no van a ser los acostumbrados grupos minoritarios de posguerra (hedillistas, vieja guardia, escuadristas veteranos) ni los

²⁵ Vid. AMAYA QUER, A.: «El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969», *Ayer* n.º 76 (2009-4).

grupos ultras de los últimos años del régimen cercanos a Girón y a los alféreces provisionales y enrocados en torno a *El Alcázar* como órgano de expresión de los excombatientes, sino algo mucho más amplio y complejo, con un carácter ideológico muy confuso y un tono intelectual y político a veces notable que se puede rastrear escasamente en algunas intervenciones del casi siempre anodino *Arriba*, pero sobre todo en revistas como *Índice* y en *Diario SP*. Además, existen una serie de personalidades (quizá el más conocido sea Manuel Cantarero del Castillo, pero también Rodrigo Royo, director de *Diario SP* y responsable del grupo SP, que también incluía a la revista del mismo nombre) que defenderán visiones más diferenciadas y críticas de falangismo, asociándolas al socialismo y a una izquierda integradora, aunque sin salirse nunca de las fronteras del régimen y por supuesto sin renunciar nunca al 18 de julio. Todos ellos se asoman a la prensa, escriben libros, participan en actos, tienen una cierta proyección pública que el régimen les permite, amparados en su falangismo y en la no discusión sobre la figura de Franco, sino sobre el futuro. Además, en 1967 se celebran las primeras elecciones a procuradores por el tercio familiar, cuando se produce el momento de mayor apariencia de participación y debate electoral en el seno del franquismo. Los periódicos publican entrevistas a los candidatos de cada provincia con resúmenes de sus programas y se organizan actos públicos e incluso se hacen tímidas aproximaciones al *marketing* electoral, con la difusión de carteles, octavillas y envío de cartas a domicilio. Estas discusiones, siempre limitadas al ámbito del régimen, sí que ayudarán a transmitir la impresión de debate sobre los futuros contenidos del régimen en un futuro inmediato y tras la desaparición física del Jefe del Estado.

Otros medios además, como la voz del sindicalismo vertical *Pueblo* contribuirán a lo que en la jerga del momento se conceptualiza como *contraste de pareceres* mediante una actitud abierta en la misma línea de Solís, pero buscando la polémica con otros medios del régimen como el propio *Arriba*. Todo ello lo ejemplifican las invectivas —a veces más amables, a veces agrias— entre el curtido Emilio Romero y el relativamente joven y también falangista Jaime Campmany, más lírico y menos cínico que Romero. Las pajaritas de Campmany competirán con los «gallos» de Emilio Romero, dando la impresión de un debate abierto, similar al de otros países, aunque el partido siempre se jugaba en casa y con reglas muy definidas, como ha sido puesto de manifiesto en ocasiones²⁶.

Como parte de un proyecto más amplio de investigación, hemos hecho un vaciado de medios como *Índice* y *Diario SP* entre otros, medios importante no sólo para entender los equilibrios internos dentro del régimen y del bloque de

²⁶ En este sentido, estamos analizando también una antología de los «gallos» de Emilio Romero recogidos en *Los «gallos» de Emilio Romero*, Barcelona, Planeta, 1968. Una muy recomendable biografía sobre Romero en AMILIBIA, J. M.: *Emilio Romero. El gallo del franquismo*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.

poder, tema que ha sido muy tratado por Pere Ysàs en sus últimos trabajos y singularmente por C. Molinero y P. Ysàs en su *Anatomía del franquismo*, sino para analizar la evolución de los sectores del falangismo menos integrado en el aparato del régimen y que busca mantener contacto con los sectores más jóvenes, más inconformistas, o más informados de la población, y que participan de una forma u otra del sustrato del falangismo o de los vencedores de la guerra civil aunque críticos con el día a día de la dictadura.

En el caso de *Índice* se trata de una publicación cuyo objetivo no es incidir en la información del día a día, sino hacer una revista política y cultural, con especial incidencia en el factor falangista, con colaboradores ligados al falangismo crítico o a diversos *outsiders* de la política y la cultura del momento. Sobresalen personajes como Heleno Saña, Manuel Cantarero del Castillo o su director Juan Fernández Figueroa. *Índice* se mantendrá desde 1966 hasta 1976. La identificación de *Índice* con la izquierda de forma más global, pero no marxista y el tener colaboradores ligados a Falange hace que se transforme en vehículo de esa ansiada izquierda nacional, con el ingrediente falangista en primer término; pero no se trata de un medio cerrado, sino abierto y relativamente plural para la época. *Índice* también estará enfrentada a la derecha opusdeísta del régimen. En este terreno tenemos un caso original de debate político e intelectual de cierta altura ligado a estos presupuestos que iban más allá de sectores marginales del Movimiento o, desde luego, sectores ultras que se ven rechazados, dirigiéndose a un sector no tan reducido de la población deseoso de romper amarras políticamente hablando con el régimen, pero aún atado cultural e intelectualmente a los presupuestos de los vencedores de la guerra civil y del falangismo y que echan mano de los factores revolucionarios de Falange para buscar un algo más que permita una definición de futuro nacional.

En ese sentido, cabe destacar que en el llamado «fichero de la amistad» que mantiene la publicación los lectores y suscriptores van dejando datos de sus características personales como distribución geográfica, sexo, profesión, ideología y clase. Y las respuestas muestran un cliché alejado de lo que podría suponerse unos sectores falangistas más o menos nostálgicos o rancios. Hay un claro predominio de universitarios (40% a nivel nacional) y de profesionales no universitarios y funcionarios (17%), junto con obreros (18%) y estudiantes (16%). Y aunque es muy difícil dar como válido el cuadro de definiciones ideológicas sí que es significativo: el 11% se declaran falangistas, mientras la mayoría se declaran socialdemócratas (16%) y social cristianos (12%), siendo muchos también los que no indican nada; liberales se declaran los mismos que falangistas (11%) y luego hay una serie de referencias de socialistas, republicanos, de izquierdas, etc. Una revista pues claramente dirigida a personas de una manera u otra ligados o no ajenos a la tradición falangista, que es leída por un espectro amplio de izquierda más o menos orientada, dentro de la cual entra la posibilidad de contar con el

bagaje joseantoniano de una manera o de otra. La autodefinición de clase apunta a que se califican la mayoría, un 41% (54% en Madrid), como «clase media y pequeñoburguesa», y un 25% clase obrera, como trazos básicos²⁷.

Sin duda todos estos datos denotan confusión ideológica, poca clarificación y escasa cultura política democrática. Pero no hay que olvidar que lectores de revistas como ésta son *rara avis* en la España de los años sesenta y nos habla de una minoría muy marcada. No hay que descartar pues el papel de medios como éste a la hora de poner las bases para la transición entre una opinión pública más informada; y en ese contexto la variable falangista no está enteramente identificada con el original fascismo del régimen ni con los ultras cercanos a Blas Piñar o los grupos violentos de tinte neonazi, sino con sectores que buscan construir un espacio político plural y moderno desde nuevas bases que cambien pero no rompan con el 18 de julio, algo que aún se ve de muy difícil superación, entre otras cosas por la permanencia del trauma de la guerra.

Muy interesante es hacer el seguimiento del *Diario SP* en sus dos años de vida, en el periodo 1967-69 y que es una muestra relevante de este falangismo independiente del Movimiento y que partiendo del régimen quiere distinguirse de éste o mirar más allá. Dirigido por el falangista Rodrigo Royo, antiguo director de *Arriba*, en sus páginas nos encontramos con una abierta profesión de fe en un falangismo renovado o «falangismo independiente» que sin embargo se da en un medio comprometido abiertamente con la causa falangista, aunque desligado del Movimiento, con pleno respeto y acatamiento a Franco, pero que denuncia los problemas, las injusticias y sobre todo la sensibilidad derechista representada por los hombres del Opus Dei (sus enfrentamientos con articulistas de *Nuevo Diario*, periódico cercano a esta sensibilidad, tendrán hondo calado en ocasiones) e intentan trazar también esta senda de la izquierda nacional. Este diario de corta duración en el tiempo pero significativo en sus intenciones, tiene una sección de cartas de los lectores aquí llamadas «Cartas del Pueblo Español», en donde un buen número de personas, muy jóvenes en muchas ocasiones (incluido un José María Aznar de 16 años que hace profesión de fe en un «falangismo independiente»²⁸) se alinean con una interpretación falangista alternativa a la encarnada por el Movimiento. No se trata de casos aislados. Es un aluvión continuo de cartas; y ese aluvión transmite un sentimiento falangista alternativo, que se manifiesta con claridad cuando el director Rodrigo Royo es condenado por una querrela presentada por José María Gil Robles, el viejo líder de la derecha durante la Segunda República, lo que da lugar a la publicación de una carta de J. A. Girón en solidaridad con el director que pone en marcha una dinámica de adhesiones y aportes a una cuenta corriente para pagar la fuerte pena impuesta al

²⁷ Índice n.º 324 (15 de febrero de 1973), p. 48.

²⁸ *Diario SP*, 1/6/69, p. 4.

periodista por un montante de 200.000 pesetas de la época. Esta respuesta solidaria desvela la existencia en todas las provincias españolas de personas que se autorreconocen como falangistas y que están dispuestos a movilizarse puntualmente; en algunos números además, hay pequeños textos de algunos de estos falangistas y aunque es muy difícil calibrar su grado de «independencia» respecto a las estructuras del Movimiento (y que el instigador de este impulso sea Girón no es especialmente clarificador) sí que constituye una muestra de la existencia de una sensibilidad aferrada a los conceptos políticos derivados de la mística falangista, lo que podríamos denominar la cultura o subcultura política del falangismo, por muy contaminada que esté y muy identificada con la praxis franquista. Ahora lo novedoso es que se intenta hacer un proyecto de futuro a partir de dichos elementos de la tradición falangista a la hora de buscar la continuidad del régimen nacido el 18 de julio. Ahí las contradicciones envuelven los discursos y las intervenciones van desde la reafirmación falangista al estilo vieja guardia a la crítica del Movimiento por no poder hallar un camino para la actual juventud española y por haber perdido la ocasión de efectuar la revolución, escamoteada desde la dictadura de Primo de Rivera habiendo servido sólo la guerra civil para mantener la «sociedad burguesa». En ese sentido, se trata del pensamiento de lo que luego se denominará «Falange Auténtica» o independiente²⁹.

Muchas de las cartas que publica el diario además son destacadas por el editor intencionadamente para hacer de estas opiniones editoriales una muestra de la existencia de esa sensibilidad falangista crítica que mira hacia el cambio y que tiene una vertiente juvenil y también de una clara sensibilidad hacia la izquierda por las constantes invocaciones al socialismo (a un «nuevo socialismo») y la valoración de quienes estuvieron en la guerra al otro lado de la trinchera³⁰.

Muchos ejemplos se podrían poner de opiniones del mismo tenor. En el *Diario SP* aparecen figuras que están primero en una situación de crítica al Movimiento desde posiciones falangistas para luego ocupar cargos de peso, como José Miguel Ortí Bordás, que fue en los primeros años sesenta el *enfant terrible* del SEU con sus artículos muy duros contra el Opus o la presencia de la Iglesia en la educación, y al que se achacaban conexiones con la Cuba castrista y que

²⁹ Entre los muchos ejemplos que se podrían poner y que estamos analizando ahora, destacar «Cartas del Pueblo Español: Pasado, Presente y futuro de la Falange», *Diario SP*, 16/7/69, p. 4.

³⁰ El director inserta en portada una de esas «Cartas del Pueblo Español» titulada «Habla un viejo cenetista» en donde plantea la equivocación de que falangistas y cenetistas hubieran estado en trincheras distintas en la guerra, «cuando teníamos un solo y hermano ideal de justicia, mientras los enemigos de España, del pueblo humilde, en uno y en otro lado, eran los mismos; los eternos reaccionarios que se amparaban bajo el pabellón de las derechas esas que acaudillaba Gil Robles, para que se frustrara toda posibilidad de convivencia y futuro de unos hombres que anhelaban de siglos la Justicia Social». *Diario SP*, 24/7/68, p. 1.

luego fue vicesecretario general del Movimiento con Fernández Miranda. Y como él hay muchos otros que transitan en este periodo y que luego tienen responsabilidades relevantes en la transición desde Unión de Centro Democrático³¹. Lo difícil es valorar su dimensión real y mucho menos traducirlo a acción. Pero los cenáculos e iniciativas en esta dirección son habituales en la época y, aunque lo tengan más difícil una vez se haya doblado la década y el régimen, en su caso muestre una vez más su cerrazón que no dejaba hueco a flexibilidad ideológica alguna, seguirán actuando. El mejor ejemplo es Manuel Cantarero del Castillo, teórico de un socialismo nacional de base joseantoniana que, como es sabido, llegará a liderar Reforma Social Española partido presente en las primeras elecciones democráticas y originalmente una de las asociaciones que intentan funcionar en el marco del régimen, y que representará de una manera compleja estas sensibilidades en las primeras elecciones democráticas en junio de 1977.

Es verdad, sin embargo, que no se puede desprender de aquí ningún proyecto concreto, estructurado, ideológicamente coherente y capaz de articular un movimiento político en esa dirección. De hecho, el pluripartidismo y la reaparición en el juego político abierto de la izquierda clásica romperá todas estas acciones una vez iniciada la transición; también lo hará la agonía del régimen, el ascenso de las acciones ultraderechistas que arrojarán de nuevo la imagen de matonismo y fascismo sobre estas pretensiones recuperadoras de Falange desde una sensibilidad social y *de izquierdas* de sectores de personas encuadradas y educadas en los valores del régimen. Quizá el principal problema fuera la propia confusión de conceptos que limitaba cualquier proyecto o concreción programática, al estar los protagonistas de estos intentos lastrados por su trayectoria. Es significativo un artículo sin firma atribuido al propio director, Rodrigo Royo³², en el que al hilo de los acontecimientos del mayo del 68 en París hace un canto a la juventud y a las acciones de los estudiantes, que se enfrentan a una sociedad alienada y consumista, pervertida en sus valores y lo hacen desde occidente y buscando algo diferente al mundo burgués que les ofrecen; y esto, sigue la argumentación, al margen del modelo americano y del soviético. Por lo tanto, lo que los estudiantes estarían planteando en París sería nada más y nada menos que fascismo:

Por definición, aquella postura que repudia por igual la estructura capitalista y la dictadura comunista, abogando al mismo tiempo por la más avanzada justicia social y el respeto a los valores eternos del espíritu humano, se llama fascismo, aunque les moleste a los que se dejaron lavar el cerebro por los rapaces vencedores de la II Guerra mundial.

³¹ Ortí Bordás hace una razonable exposición de su evolución política en ORTÍ BORDÁS, J. M.: *La Transición desde dentro*, Barcelona, Planeta, 2009.

³² Se trata de «El nuevo fascismo», *Diario SP*, 30/5/68, p. 1.

Aunque los burgueses se rasguen las vestiduras, nos honramos en proclamar desde este diario que las juventudes universitarias están rescatando el honor de Occidente.

O sea, que los estudiantes de mayo eran fascistas sin saberlo. Es significativo que se plantee en 1968 la palabra «fascismo» con un cariz positivo, como una superación de las injusticias existentes y una reivindicación del falangismo clásico de los años treinta, en su «tercerismo utópico». Este artículo dio lugar a muchas reacciones, como la quema de ejemplares de *Diario SP* en la Complutense, a pesar de que el Diario se autocalificaba de «amigo» de los estudiantes y comprensivo con el movimiento en todo el mundo. Muchos otros artículos y cartas, incluida una de la redacción de SP, puntualizarían que no se consideraban fascistas, como el propio Rodrigo Royo que se definirá como «falangista joseantoniano»³³. Pero todas estas reacciones e interpretaciones remiten a una reivindicación de lo que significaba la visión y la cultura falangista en un entorno en donde sus términos eran ya muy difíciles de comprender.

Con todas estas reflexiones y este trabajo que estamos desarrollando lo que intentamos es averiguar el alcance del proceso de socialización de un buen número de personas en la España de los años sesenta y setenta a la hora del paso a la democracia. Y cómo las distintas corrientes ligadas de una forma y otra a Falange influyen en la resocialización de los españoles en distintos planos y siguiendo las diferencias entre las sensibilidades de los que se adscribían a tal advocación política. Algunos de los falangistas que tienen serios problemas de adscripción en el tramo final del régimen o sufren por sus contradicciones acabarán recalando en el marxismo y rompiendo con el régimen, acercándose así a los partidos de izquierda tradicionales, perdedores de la guerra civil en España.

Calibrar el peso de la cultura política del falangismo y cómo influye ésta en el paso a la democracia es una tarea en la que seguimos trabajando. Sirva esta muestra de testimonio de cómo el acervo de la tradición falangista no puede darse por muerto a mediados o finales de los años cincuenta, ni reducir su presencia posterior a las manifestaciones de la extrema derecha violenta. Sí debemos profundizar en la proyección en la población de este tipo de propuestas que establecían lazos con nombres, eslóganes, ideas, sentimientos que habían protagonizado la socialización de la población española durante más de tres décadas.

³³ *Diario SP* 1/6/68, p. 1.